

dia en que Federico III, elector de Brandenburgo, se ciñó con su propia mano la corona real de Prusia en la sala de audiencia del palacio de Koenigsberg, fué sin duda una fecha que debia influir grandemente en la suerte de nuestra patria. Este hombre era pequeño á pesar de sus altos tacones y su enorme peluca. No obstante, el acto, que principalmente tendia á satisfacer su desmesurada vanidad y su aficion á la magnificencia, tenia una importancia que quizás él mismo no supo apreciar. Las campanas cuyos tañidos celebraban la inauguracion del nuevo reino, doblaron al mismo tiempo por la muerte del Santo Imperio Romano germánico, cadáver hacia algunos años. El nieto del primer rey de Prusia, Federico II, dedujo las consecuencias lógicas é históricas de la premisa sentada aquel día de enero en Koenigsberg, emancipando de una vez para siempre la existencia política de la tutela jerárquica y encaminando al mismo tiempo á la jóven Prusia por un sendero, que seguido con perseverancia, podía y aún debia de hacer de los Hohenzollern los señores de Alemania; porque en el imperio aleman no existia ni se hallaba en vías de formacion potencia alguna que pudiera contrarestar ú oponerse por mucho tiempo á la prusiana en su inopinado progreso.

El absolutismo de los Hohenzollern debió, por decirlo de una vez, llevarse por fin la victoria sobre todos los absolutismos alemanes, en especial sobre el de los Augsburgos y el de los duques de Lorena, porque se desarrolló conforme las exigencias del tiempo y supo acomodarse á las condiciones de la vida moderna. Fué el primero que en Alemania y hasta en Europa realizó en la persona de Federico el Grande el tránsito del despotismo brutal al ilustrado, despues que Federico Guillermo I, hubo sustituido la brutalidad inconsciente con la razonable: verdad es que el absolutismo prusiano no siguió al siglo XVIII cuando éste dió el paso que condujo á la transformacion completa de la sociedad; pero bastante caro pagó su falta. Permaneciendo en el mismo estado en que la dejó Federico el Grande y retrocediendo por añadidura en vez de progresar, Prusia estaba próxima á faltar á su mision, hasta que, por fin, en la segunda mitad del siglo XIX, volvió á recordarla. Los habitantes de Berlin realizaron en los dias de marzo de 1848 una revolucion local; pero el absolutismo de los Hohenzollern hizo en 1866 una revolucion nacional, y obró en esta ocasion impulsado por su carácter, porque él mismo era por su origen revolucionario: cuña de hierro que habia penetrado en el viejo y pútrido tronco del imperio para hacerle saltar tarde ó temprano en pedazos.

Reasumiendo lo que llevamos dicho hasta aquí, deducimos en consecuencia que la conciencia y la doctrina política modernas poco á poco se separaron del dogma eclesiástico, fundándose en una idea puramente humana y por consiguiente positiva. En esta lenta transformacion pueden distinguirse tres fases. En la primera la política soporta aún la tutela eclesiástica, pero en realidad obra más bien en el sentido y espíritu religioso tradicional, que segun los mandamientos jerárquicos (absolutismo brutal razonado). En la segunda fase los príncipes no solamente se emancipan de un modo cada vez más decidido de las ideas é influencias eclesiásticas, sinó que colocan su poder absoluto, que segun ellos es idéntico al interés del Estado, sobre los intereses de la Iglesia (despotismo ilustrado). En la tercera fase, por fin, se verifica el rompimiento completo con las tradiciones de la Edad media; y el proceso del desarrollo histórico ulterior no se presenta ya como la lucha entre el Estado y la Iglesia, sinó como lucha entre los derechos de los príncipes, de la nobleza y del pueblo, ó con otras palabras, entre la monarquía,

la aristocracia y la democracia (Época de las revoluciones). Desde fines del siglo XVIII esta gran lucha cuenta con nuevos elementos sociales, por efecto de la division de la tercera clase del pueblo en una llamada burguesía y en un llamado proletariado, en cuyas dos clases el antiguo contraste de riqueza y pobreza, de capital y trabajo se manifestó de un modo tan rudo y áspero como nunca habia tenido lugar hasta entónces.

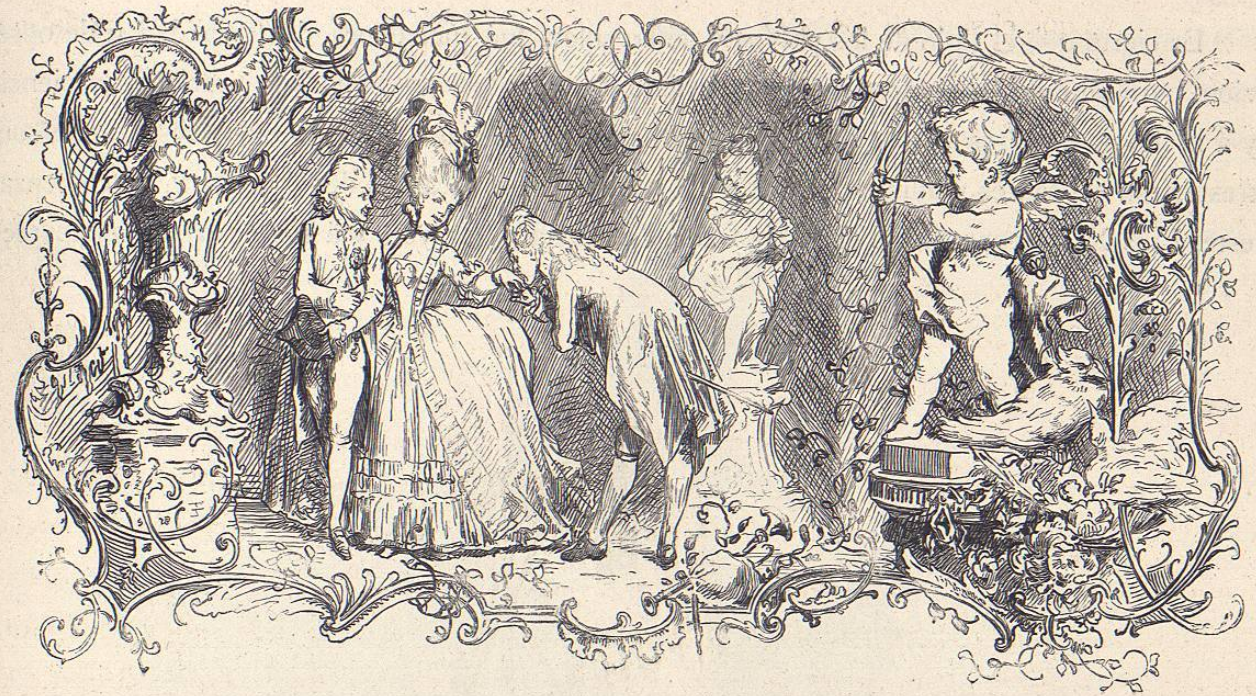
El desarrollo científico de las modernas teorías jurídico-políticas no ha tenido origen en Alemania, por más que los alemanes ya en época temprana tomaron parte en este trabajo. Un aleman ilustre, Samuel Pufendorf, demostró que el derecho no era asunto de conveniencia y de utilidad, sino producto de un pensamiento. El primero que rechazó del todo la ficcion llamada derecho divino, deduciendo las ideas del derecho y del Estado, libre é inmediatamente de la conciencia humana, fué el holandés Hugo de Groot (que murió en 1675): con él empezó la larga serie de tratadistas y jurisconsultos, así en derecho político como civil, que negativa ó afirmativamente han formulado la doctrina de la moderna ciencia democrática. En el siglo XVII eran principalmente los ingleses y holandeses (Hobbes, Milton, Lidney, Locke, Espinosa) quienes se consagraban á tales trabajos y en el siglo XVIII con preferencia los franceses. Uno de estos, el famoso Montesquieu, ha escrito la biblia constitucional-monárquica del liberalismo europeo (*L'Esprit des lois*, 1749), otro, Rousseau, el catecismo de la democracia republicana (*Le contrat social*, 1762). En el siglo XIX prosiguieron esta empresa los franceses, quienes de la premisa democrática sacaron la deducccion socialista y comunista, construyendo con la mejor buena fe los castillos en el aire del socialismo y comunismo (Saint-Simon, Fourier, Cabet) ó bien los destruyeron de nuevo al impetuoso soplo de la crítica (Proudhon). Muchos alemanes siguieron las huellas de estos precursores franceses tomando parte con notable aficion en los trabajos de formacion de la teoría socialista, de modo que en la segunda mitad del siglo XIX nuestro país se convirtió en escenario de la encarnizada guerra entre el trabajo y el capital, entre el individualismo y el socialismo.

En todos los fenómenos que acabamos de citar debe recordarse otra vez aquella antiquísima verdad, á pesar de lo cual siempre nueva, de que en la historia de la civilizacion, al levantarse el Sol, las cimas de las montañas brillan ya iluminadas por su luz miéntras que por mucho tiempo las tinieblas de la noche reinan en los valles; así como la de que en la espesura de las selvas domina una tranquilidad funesta, miéntras las ráfagas de la tempestad hacen doblegar las copas de los altos abetos y hayas. La aurora de una nueva época no aparece en las llanuras donde se agita el vulgo, sino en las cimas del trabajo y del pensamiento. El genio de la humanidad no tiene su asiento entre el tumulto y la agitacion de los mercados, sino en el tranquilo estudio de solitarios pensadores. La voluntad popular falsamente llamada racional y que tan fácilmente se deja guiar por cualquier miserable adulador, no es la que produce las grandes ideas y convicciones, sino la actividad, el talento y el entusiasmo de algunos hombres elegidos dotados de excelente cabeza y gran corazon. Si las masas del pueblo no siempre rechazan, crucifican ó apedrean á sus verdaderos jefes y héroes, se agitan en todos los tiempos en pos de ellos con el intervalo de algunas docenas de años y hasta de algunos siglos. De aquí resultan esos chocantes contrastes en los grados de instruccion de cada pueblo, que tambien se echan de ver en Alemania. Cierito que existen miles de hombres y mujeres alemanes que se hallan á la altura de

instrucción que exige el siglo de los grandes descubrimientos, el siglo del vapor y de la electricidad. Pero esto no impide que un tirolés genuino piense aún hoy del mismo modo que uno de sus antecesores de los tiempos de Margarita Maultasche (1). Un robusto labrador de Pomerania ó de Mecklemburgo debe ser muy civilizado ya para considerar el pequeño catecismo de Lutero como la suma de toda sabiduría humana. Para los capellanes bávaros educados bajo la rigurosa disciplina de los seminarios, las más bellas creaciones clásicas son algo ménos que obras del demonio ó cosas puramente inútiles. Una labradora de Westfalia, país clásico de los jamones, vería aún hoy asar un hereje, con la misma devoción con que su bisabuela vió atenacear con hierros candentes á Jan Bockelson. Y sin embargo todos estos tipos de una raza no civilizada aún, pero muy extendida en los países alemanes, pertenecen á ese pueblo para quien Kant y Lessing han pensado, para el que Goethe y Schiller han escrito sus poesías, y para quien centenares de sabios y artistas eminentes han estudiado y trabajado.

Podríamos aumentar el número de semejantes contrastes y diferencias; podemos recordar por ejemplo entre otras cosas que en nuestro país las antiguas castas existen aún, si bien no de derecho, de hecho; y que la fábula estúpida de la sangre roja y de la azul influye aún poderosamente en la sociedad alemana. Sin embargo, no debemos olvidar que este libro de la GERMANIA tiene señalados sus límites, de los que no pretende salirse. Y precisamente aquí en la introducción de la última parte es preciso que recordemos estos límites; pues cuanta mayor es la riqueza y cuanto más numerosas sean las direcciones en que la vida de nuestro pueblo se ha desarrollado en los siglos XVIII y XIX, tanto ménos debemos proponernos seguir los diversos senderos que ante nosotros se presentan, si no queremos perder la primitiva y principal dirección y extrañarnos en un caos de detalles, sacrificando así el conjunto á las partes que lo constituyen.

(1) Traducido literalmente «boca de bolsa,» es decir, de labios colgantes, que imprimen á la fisonomía el sello de la estupidez. (N. del T.)



## II

## COLETA Y POLVOS



UE en la época en que mayor boga alcanzaba la escuela romántica se acostumbraba en los círculos literarios á hablar con desprecio del siglo del iluminismo, es cosa sabida. «¡Coleta y polvos!» Con esta frase los románticos creían haber caracterizado lo bastante aquella época y condenádola segun merecia al desprecio. Pero los hombres de seso no podían ménos de reconocer en este orgullo romántico una estupidez extremada: sólo que los verdaderos sabios formaban, como sucede siempre y en todas partes, el partido reducido é impotente del buen sentido y por consiguiente era muy justo que nuestros compatriotas dejaran durante algun tiempo que una turba de atolondrados motejaran y despreciaran la época más fecunda y gloriosa de la historia de la civilización. «¡Coleta y polvos!» ¡Sea enhorabuena! Pero de aquellas cabezas empolvadas de las que pendia la coletilla, han salido los planos de las batallas del gran Federico, Rossbach y Leuthen, la «Crítica de la razon pura» de Kant, el «Edicto de tolerancia» de José II, el «Natan» de Lessing, la abolición de la esclavitud y de la tortura, el «Fausto» de Goethe y el «D. Juan» de Mozart.